

Miguel Rivera Dorado

Noche de turquesas

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsasuarez.com
Imagen: © Liz Stubbs / Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Miguel Rivera Dorado, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-619-5
Depósito legal: M. 19.609-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

El acordeón

Nadie alardea hoy de haber bebido absenta en los tugurios de Montmartre. Se conservan las viejas pinturas y otros muchos testimonios, pero ignoramos cuál era entonces la sensación de felicidad. La simpatía que despiertan aquellas imágenes se debe a una emotividad romántica: luces, colores y libertad resumidos en una danza desenfrenada en el Moulin Rouge. De todos modos, la nostalgia es una buena arma para combatir el tedio.

La vida es como un acordeón –pensaba, sin embargo, el arqueólogo Ricardo Brook–, dejas de mover los brazos y todo se detiene, pero si repites siempre las mismas posiciones, sin importar el espacio que abarques, si no pruebas nuevos acordes, aceptas la monótona servidumbre del gesto, el rumbo irreversible de tu suerte. Desgraciado el que sufre la melancólica impresión de no haber hecho nunca nada que merezca la pena, infortunado el humano que cada noche comprueba la violencia de las pesadillas y acaba derrotado por el amanecer.

Hay quien afronta esa vida conforme a las pautas que le inculcan desde la niñez, y hay quien lo hace procurando bordear tales pautas para descubrir lo que se alza al otro lado. ¿En qué consiste, entonces, la aventura? Para Brook, no en la transgresión de las normas, sino en viajar a las que rigen en otros lugares y experimentar el inevitable choque.

La primavera se anunciaba radiante en Madrid. El invierno había sido muy suave, lo era ya desde varios años antes, los viejos recordaban aquellos tiempos en que las calles se cubrían con gruesos edredones de nieve, las personas salían arrebujadas en mantones, gabanes y toda clase de prendas de abrigo, y dormían enfundadas en refajos de paño y en unas camisetas de tela tupida que empezaban en la cabeza y terminaban en los pies, de una pieza; así era entonces la ropa interior, cuando en los hogares no había calefacción y contaban únicamente con el calor que desprendía la cocina de leña y carbón. La primavera, de todas maneras, sería espléndida; corría el mes de marzo de 1997, los almendros habían florecido en la Ciudad Universitaria, mucha gente estornudaba anticipándose al polen, y los alérgicos preparaban su arsenal de medicamentos. La vida, por tanto, transcurría con normalidad. Aunque, si se acercaba la lupa a los individuos por separado, se descubrían multitud de desajustes y contrariedades. Brook no era una excepción, por el contrario, se tornaba casi en paradigma de tales trastornos.

El teléfono le sobresaltó, era cada vez más raro que alguien le llamara a su despacho en la Facultad. Había ido perdiendo a muchos de sus amigos y conocidos, por pereza, decía él, me cuesta mucho trabajo asistir a las reuniones, cumplir con las inevitables citas de los sábados en bares o cervecerías. Miró a la ventana antes de descolgar el auricular, unas tímidas nubecillas daban aspecto de grisalla al cuadro natural inserto en el muro, y eso le transmitía una punzada de vaga pesadumbre.

—Diga —musitó sin convicción.

—Ricardo, soy Carlos Aguirre, el director del Museo de América, perdona si te molesto, pero estoy muy inte-

resado en hablar contigo. A ver si puedes pasarte por el Museo hoy mismo a última hora de la mañana.

La proposición le pilló desprevenido, pensaba marcharse enseguida para buscar un libro en la Gran Vía, y luego comer con calma en un pequeño restaurante del centro. Pero lo misterioso de las palabras de Aguirre, pronunciadas de manera entrecortada y en voz baja, le llamó la atención, no perdía nada acudiendo al Museo, que le pillaba de camino. Fue andando pesadamente, como si las piernas se resistieran, como si buscaran un argumento convincente para girar en otra dirección.

Sus relaciones con esa institución no eran muy buenas, lo mismo que le ocurría en la Complutense; a lo largo de su carrera de profesor universitario había sido invitado un par de veces a dar conferencias, con cierta reticencia por parte de las autoridades, tal vez disconformes con su fama de díscolo y ausente de las sendas trilladas. El arqueólogo Brook era lo que se puede llamar un rebelde, o mejor un contumaz insurrecto, término este que era muy de su agrado. No iba por donde iban los demás, su visión solía distar de la de sus colegas, sus razonamientos, según todos reconocían, eran brillantes, pero apenas recurrían a las fuentes de las que todos bebían con unción. Difería en el método y hasta en los temas favoritos, clamaba contra los aburridos informes de campo y la nula calidad literaria de sus redactores. No gustaba del trabajo en equipo, sobre todo porque desconfiaba de los demás, menos de sus capacidades científicas cuanto de su respeto por todos aquellos valores renacentistas que él atesoraba y cuidaba hasta el fanatismo.

Aguirre le recibió de inmediato. Y fue directo al grano.

—Mira, nos han ofrecido un objeto bastante raro. Creo que es del Clásico Temprano, de Guatemala o Yucatán. El precio es elevado, pero si tú nos garantizas...

Brook le interrumpió.

—¿De qué se trata?

—Aquí está la foto. A mí me parece un espejo, pero es muy peculiar.

Brook miró la fotografía de buen tamaño que le mostraba el director. Efectivamente, tenía todo el aspecto de un espejo de mano, grande, redondo, con un mango largo y dorado.

—¿Qué es lo que consideras singular?

—Es bastante desmesurado, yo lo he tenido sobre esta mesa. Son dos finas láminas circulares, de unos 22 centímetros de diámetro, de obsidiana y turquesa, engastadas en oro, metal que también recubre parcialmente el mango de madera. La altura total es de 44 centímetros. El reverso de turquesa tiene grabada la inscripción que verás en esta otra foto, con números de puntos y barras, y unas extrañas figuras que recuerdan a las pinturas rupestres levantinas. El mango es caoba, sin duda, con forma de loto. Uno diría que es un objeto egipcio, o etrusco, pero está lleno de jeroglíficos mayas. Tal como se han reconstruido los hechos, parece que fue encontrado en una excavación al norte de Tikal, el lugar es incierto porque los ladrones evitaron delatarse. Los obreros barruntaban que era algo muy valioso, posiblemente por el oro, y decidieron sustraerlo. Lo vendieron a un traficante mexicano, y éste a su vez a uno norteamericano, y en Nueva York se le perdió la pista, pero acabó en manos de un marchante de arte de origen armenio afincado en París.

—¿Está documentado de alguna manera?

—No. Los responsables de las excavaciones que se desarrollaban en el área no llegaron a verlo y son incapaces de señalar el punto exacto de donde pudo salir. Lo ofrece el comerciante de antigüedades de París. Y nos lo ofre-

ce a nosotros, no a los museos franceses. Sorprendente ¿verdad? Se niega a dar otros detalles ni explicar cómo llegó hasta su almacén de la orilla izquierda. Es sin duda una pieza de contrabando que le quema las manos y desea sacar del país; de hecho, él sabe muy bien que nuestras finanzas no son boyantes, ya hemos tenido algún contacto anterior. Pero están los ingleses, o los coleccionistas de Estados Unidos, que lo compran todo –el director hizo una pausa para atender a su secretaria asomada a la puerta–. En estos casos dudosos el Museo rechaza las ofertas, pero hay algo en el objeto que me parece fascinante y revelador más allá de la extraña mezcla de materiales y estilos, ignoro qué es, así que he decidido profundizar un poco en el asunto.

–Pero dime, Carlos, ¿por qué yo?

–Tengo buenos motivos, además, el mismo traficante me pidió que hablara contigo, debe conocerte.

–¿Y si se tratara de una falsificación?

–Yo no pondría la mano en el fuego, pero mi instinto me dice que es una pieza original y única.

Brook pensó de inmediato en declinar la invitación, urdir un pretexto y salir velozmente del museo para abordar el autobús hacia la librería. Sin embargo, él también había visto algo en la fotografía, algo inquietante y crucial; intuía que unos hilos invisibles le conducían hacia la deslumbrante luz de un enigma extraordinario, así que, fiel a su larga historia de decisiones arriesgadas, asintió con un leve movimiento de la cabeza.

–Tengo ahora mucho trabajo, Carlos, parece una pieza interesante, pero necesito tenerla en mis manos y mirarla detenidamente durante algún tiempo; te contestaré mañana. Bueno –titubeó después de unos instantes de reflexión–, dile al traficante que estoy de acuerdo, hablaremos de las condiciones.

—Son las habituales, ya sabes, un diez por ciento del precio de compra por un peritaje con informe, análisis de laboratorio y todo lo preciso. Ni siquiera es seguro que el Ministerio nos autorice el gasto, depende de si convenzo a los funcionarios del inmenso valor científico del objeto. Y habría, por supuesto, que inventar un certificado de origen, un historial plausible y todo eso.

—Bien, llámame cuando el espejo esté en Madrid porque yo quiero hablar con el vendedor antes de ponerme a hacer averiguaciones.

—Estamos conformes, entonces. Tuya será la responsabilidad científica y mía la administrativa. Te convoco en cuanto sepa más cosas. Gracias, Ricardo, me haces un gran favor.

Brook salió del Museo rumiando la idea de que acababa de meterse en un embrollo del que lamentaría formar parte. Pero la suerte estaba echada, y al arqueólogo, a decir verdad, le encantaban los paisajes brumosos, era un romántico rezagado.

Dos semanas más tarde recibió un oscuro correo electrónico que rezaba así:

«Han surgido algunos problemas, el objeto no vendrá a Madrid de nuevo, es preciso ir a París a examinarlo, a la casa del propietario. Adjunto fotos, dibujos y copias de los informes de laboratorio que me ha remitido y demás datos obtenidos hasta ahora, Cuento contigo para viajar enseguida a Francia, confío plenamente en que resolverás el enigma. También transfiero una cantidad a tu nombre al Crédit Lyonnais. Escríbeme con tus planes. Un abrazo. C.A.»

Brook vaciló un par de días; por un lado le costaba vencer la apatía, por otro veía en el viaje una forma de evasión de la rutina destructora; seguía recelando, pero Francia era su segundo país, allí había pasado los vera-

nos de su adolescencia, primero en una residencia estudiantil parisina y luego en un modesto apartamento alquilado, y siempre le agradaba regresar a los viejos recuerdos, a los cafés de Saint Germain y al vagabundeo por el Louvre o tras las huellas de los existencialistas y de las canciones de Brel y Prévert. De modo que no puso más objeciones, anunció su partida en el Departamento de la Facultad, reclamando un permiso para asuntos privados y fue a por un billete a la Renfe.

Ya apoltronado en el tren, empezó a pasar revista a la vida que dejaba momentáneamente atrás. El asunto principal era Carlota, le había abandonado sin mediar discusión alguna, después de diez años de compartir casa, planes, viajes, confidencias y proyectos. Sospechó entonces que ella rechazaba la posibilidad de soportar a un hombre que envejecía rápidamente, con sus manías y sus enfermedades, siendo como era casi tres décadas más joven. Podía comprender ese extremo, y hasta justificaba el ansia de la muchacha por renovar, cuando aún estaba a tiempo, los momentos de pasión desenfadada con otra pareja mejor dispuesta, pero no podía deshacerse del poso de un amor que había echado raíces, y esa desazón se traducía en irritación consigo mismo. Su mente, liberada del sometimiento habitual por el movimiento del tren y la hipnótica sucesión de los fragmentos del paisaje en las ventanillas, urdió una retahíla de frases para describir los sentimientos.

Un sabor amargo, atascado en la garganta, una sensación de náusea, rabia primero, indolencia después, el rechazo instintivo a pensar y la negra comprobación de que es imposible evitar los pensamientos, todos dirigidos a ella, a los días, a las noches, a sus ojos turbulentos o apaciguados, tiernos o velados por el reproche, a sus manos consumando la caricia o sosteniéndote si desfalleces;

es la mujer que has amado, que todavía amas y que súbitamente desaparece de tu lado y de tu vida, sin exponer los motivos, al menos los que fueran capaces de disolver en un instante tantos años de complicidad, como el azúcar en el agua, tantas miradas, tantos pasos en una u otra dirección, y las emociones compartidas, y el asombro ante el sutil aleteo de la belleza. Éramos dueños del espacio y el tiempo y nos han desposeído.

A su memoria llegó de golpe la canción:

*Mais la vie sépare ceux qui s'aiment
tout doucement, sans faire de bruit
et la mer efface sur le sable
les pas des amants désunis.*

Acabó quedándose dormido con las mejillas enrojecidas, culpándose de dar vueltas y vueltas a ese doloroso asunto del que no deseaba volver a acordarse. Cuando abrió los ojos el tren estaba detenido en la frontera. Un hombre avanzó por el pasillo y fue a sentarse en el asiento libre a su derecha. Era un curioso personaje, de pequeña estatura, edad media y escaso cabello muy canoso, vestía chaqueta de cuadros sobre una camisa algo chillona y mal combinada con la corbata, pero sobre todo llamaba la atención el monóculo en el ojo izquierdo, algo que más parecía de principio de siglo y no de finales de él. Con una voz de barítono teñida de acento germánico empezó a hablar como si fuera una cosa natural en compañeros de viaje. Brook prestó atención, atraído por el hermoso timbre y por el contenido de sus palabras.

—Conozco a un hombre de ciencia cuando lo veo —dijo pausadamente mirando hacia el techo del vagón—. Y por su manera de moverse diría que es usted un humanista, filósofo quizá, o experto en lenguas exóticas.

—¿Es posible adivinar por el movimiento corporal la profesión de alguien? —comentó Brook francamente interesado.

—Oh, sí, eso y muchas otras cosas. ¿Va usted a París?

Entonces se produjo un fenómeno que el español hallaría inexplicable durante años. Sin razón alguna, se encontró contando la historia de su desplazamiento a un individuo desconocido del que podía tener motivos para sospechar, aunque sólo fuera por la insólita apariencia y su forma de entablar conversación. Le dijo que iba a París a ver una pieza precolombina para redactar un informe que le había solicitado un museo madrileño, pero que albergaba serias dudas sobre la autenticidad o el uso que habría tenido tal objeto.

Y para su asombro, el ocupante del asiento vecino, que ya se había presentado con el nombre de Wilfried von Schäfer, nacido en Tréveris y doctor por la Universidad de Leipzig, le hizo partícipe de una teoría relativa a la función, y la existencia misma, de muchos objetos antiguos, dándole varios consejos en torno a la mejor manera de abordar su comprensión. Y Brook, poco propenso a las divagaciones y la charlatanería, le escuchó ensimismado y entusiasmado, reconociendo en su fuero interno que debía seguir esa doctrina, que no había en ella fantasía o especulación absurda, y que tenía mucha suerte de haber tropezado con quien estaba facilitando enormemente su misión. Luego hubo un largo silencio que el español aprovechó para estirar las piernas y tomar un sándwich y una cerveza en la cafetería. Era ya noche avanzada y apenas pudo dormir un par de horas, pues se revolvía en el reposacabezas pensando cómo sacar el mejor partido a la información de su acompañante. El tren volaba hacia el norte dejando atrás las llanuras y el bosque inmenso de las Landas y

las ciudades de Burdeos, Angulema y Poitiers. Brook sentía que estaba recobrando el optimismo; el propósito del viaje se le antojaba ahora una aventura digna del excavador que había descubierto en Yucatán la tumba del rey Bolnak.

La nada estruendosa

¿Cómo hay que vivir? ¿Está el comportamiento determinado por los genes o también por la educación? ¿Cuál es la verdadera razón del desasosiego, de esa insatisfacción que nos corroe sin causa aparente? Brook creía en la libertad, pero no habría hallado palabras rotundas con que definirla. Hay gente que entiende la meditación como un ejercicio, incluso aceptan instrucciones y adiestramiento, y se preparan adecuadamente en lugares, momentos y posturas que recuerdan a ritos de una religión profana. El profesor de la Complutense meditaba en cualquier sitio y en horas insospechadas, a veces inconvenientes; bastaba un estímulo físico que, actuando igual que los mandalas tibetanos, provocase la desconexión con la realidad del entorno, y entonces, absorto y lúcido, se concentraba a sus anchas en un problema o una cuestión que la conciencia hacía aflorar. Algunos de esos mandalas eran acciones, cerrar un grifo, hacer girar la llave de la puerta, pulsar el interruptor de la luz, ajustar la sábana bajo el colchón, o bien impresiones visuales, el grabado japonés colgado en el pasillo, la cruz mexicana que presidía su despacho, y mejor si el objeto poseía un movimiento lento y repetitivo, como el segundero del reloj de pared, la llama del gas en la cocina o la molesta gota que golpeaba el fregadero. En tales casos la reacción se volvía hipnótica y podía durar bastantes minutos, siendo necesario un esfuerzo de voluntad para

salir adelante, perdiendo en ocasiones la noción de lo que se estaba haciendo antes del trance. Brook solía decir que consultaba a menudo con la almohada, y añadía que él tenía almohadas repartidas por toda la casa.

En una de esas incidencias se le ocurrió relacionar a Carlota con el espejo parisino. Vio con meridiana claridad que las mujeres a las que se ama son espejos en los que uno se mira, y que con frecuencia transmiten engañosos reflejos; los hombres las llaman indecisas, volubles, cambiantes, inseguras e inconstantes, pero, lo mismo que las bruñidas superficies, requieren un grado mayor de conocimiento y profundidad, y puesto que hay leyes para la catoptromancia debería haberlas también para el trato con las integrantes del otro sexo, y sin embargo no existe constancia de que los científicos hayan intentado formularlas. Sólo aproximaciones literarias, a lo sumo antropológicas, cargadas de subjetividad o teñidas de neutra distancia. Porque esas mujeres que crees que no te comprenden, pero que te acompañan y se preocupan por ti, únicamente existen en el cine. Fuera de la ficción, leía en el espejo de su desengaño, no se percibe más cosa que egoísmo.

En otra ocasión meditaba sobre el amor. El amor –concluía– es una ilusión que libera los afectos de manera fugaz, hasta que el sujeto comprueba lo endeble de la situación. La representación del amor que han hecho los artistas incide en ese dictamen, el amor como acto de locura, el amor como consecuencia de la ingestión de una pócima o bajo otras circunstancias parecidas. Cuando Wagner quiso expresar el amor total entre un hombre y una mujer lo hizo mediante un filtro mágico –y Brook, tan aficionado a la ópera, recordó también el célebre elixir *d'amore*–, que induce el sentimiento de manera artificial. Eso no implica la inexistencia del amor –reconocía–

sino que da cuenta de su cualidad efímera y equívoca. Y saltaba a su mente la copla:

*Junto a la reja, estaban dos amantes dándose quejas
Y se decían que sólo con la muerte se olvidarían
Y eso no es cierto, y eso no es cierto
Porque se han olvidado, y no se han muerto.*

En Werther, como en Larra, el espejismo acaba en tragedia, pero el suicidio no surge del despecho sino de la ofuscación, de la conciencia de inestabilidad, de la duda que todo amor plantea: ante la inseguridad y el previsible fracaso, es mejor acabar fatalmente con la ensoñación.

El problema del profesor universitario era lo fatigoso que encontraba el estar sin compañera. Los años con su antigua esposa y los que había pasado con Carlota le acostumbraron al permanente diálogo, alimentado igualmente a través de su relación de honda amistad con Max Mujica.

–Posiblemente, necesitamos varios amores sucesivos, como las pruebas de un rito de iniciación, y al final somos otros, sabemos más. Quizá no es que el gran amor sea tan difícil, es que su ausencia está programada en nuestra naturaleza –dijo Max.

–Sólo tenemos amores falibles, pasajeros, desleales.

–¡Humanos! Ése es el retrato de lo que somos, el amor por los demás nunca, o casi nunca, supera el egoísmo, que es el instinto de conservación, el más fuerte; y luchamos por la supervivencia contra el amor porque lo consideramos invasor, porque compite con nuestro yo, porque ocupa parte del esfuerzo y atención que necesitamos para vivir.

Y su meditación continuó melancólicamente, así:

No tener a nadie con quien compartir nuestros sentimientos y emociones, los que golpean el alma, los que

dejan una huella de fuego en el corazón y en el cerebro, no tener a nadie con quien compartir la esperanza o el desánimo, la tristeza o la duda, no tener a nadie con quien compartir la belleza de vivir y la excitación de estar vivo, no tener a nadie con quien compartir la inmensidad del mar o el fulgor de las estrellas, o los misterios del bosque, o los descubrimientos del camino, o esa melodía, o aquella vieja película. No tener a nadie con quien compartir el aliento de los amaneceres. Eso es la soledad.

El amor perfecto es para Adán y Eva en el paraíso terrenal –insistía en decirse, quizás para atenuar la inquietud y el desconcierto que le atenazaban–. No puede existir un gran amor si vives sujeto a las circunstancias del día a día, a los prejuicios culturales y sociales, a los temperamentos confrontados, a la vejez, la enfermedad y la pobreza. Por eso el amor no resiste el paso del tiempo y sólo queda, en el mejor de los casos, cariño y costumbre. ¿Vale la pena alimentar lo que luego se ha de convertir en frustración o rutina? El amor, el amor humano, en sociedad, es apenas un chispazo, un relámpago que se extingue llevándose consigo la euforia extraordinaria, y que deja paso al trueno, el pavoroso ruido que se cierne sobre nuestras cabezas como un aviso siniestro, del hastío, de la ruptura, del final.

En otras ocasiones una nube de ira cruzaba su mente: ¿El amor? ¿Qué es eso? Una palabra tan vacía como el desierto. Anzuelo de los profetas para atrapar incautos, reclamo publicitario de comerciantes avispados, susurros insustanciales de las parejas; el amor, detestable grafismo, abominable símbolo, amor equivale a engaño, desánimo, sufrimiento y cenizas, ¡ya está bien! Rompamos con la maldición del amor, el amor no existe, es una leyenda inconsistente urdida por los enemigos del ser

humano, los enemigos de la verdad y la sensatez. Sólo un idiota habla de amor eterno, de gran amor, del amor de su vida; arranquémosle la máscara, digamos atracción sexual, instinto de procreación, miedo a la soledad, conveniencia económica, delirio pasajero; hay mucha gente ávida de cariño, de simpatía, pero no es amor lo que sienten o necesitan, es un poco de compasión ante la evidencia de la fragilidad y el dolor humanos.

Aunque quizás sólo trataba de disimular su propio egoísmo, lo que llamaba su incapacidad para convivir, para renunciar a una vida plenamente suya, algo a lo que aferrarse, algo que apuntalara una personalidad deteriorada por las decepciones y el tedio. Entregar parte de esa vida, o permitir que un extraño la invadiera, o hurgase en ella, arrogándose el derecho a cambiarla, aun mínimamente, le aterrorizaba. Como ese pensamiento lo extendía a su compañera o amante eventual, veía nacer una correosa desconfianza, germen de mil conflictos.

Sin embargo, después de tan frecuentes y desoladoras reflexiones, soñaba con Carlota, un rostro que estaba impreso en su memoria, y él acariciaba esos rasgos con la vista y el corazón, y sentía una mezcla de ternura infinita e indescriptible placer.

Y entonces era cuando resonaba en su cabeza esa otra coplilla que le delataba:

*Ojos azules tenía
la mujer que me dejó,
ojos del color del cielo,
mira tú si fue traición.*

El aroma del chocolate

El tren se detuvo despaciosamente en Blois. Había amanecido momentos antes. No sin arañazos en la conciencia, pues estaba convencido de que la solución al enigma estaba en París, Brook decidió bajar en la ciudad a orillas del Loira, porque en la avenida de la Butte, no lejos de la estación, vivía el sabio de cierta fama que le había recomendado su extraño compañero de viaje surgido de la nada en Hendaya. Por razones inexplicables, Brook había improvisado una fábula parcialmente verídica sobre la necesidad que tenía de confirmar ciertos datos relativos a la enigmática pieza arqueológica, lo que había suscitado el entusiasmo del alemán. «Si no le resuelve el problema ese hombre –llegó a afirmar el personaje del monóculo sentado a su lado–, nadie lo hará. Algunos dirían que es un ocultista, yo prefiero considerarle lo que los franceses llaman *maître à penser*, un maestro del pensamiento; un pensador, dicen ustedes en español». Y Brook que, si bien heterodoxo, no era un loco, convino con él que nada se perdía posponiendo algunas horas la reunión con el anticuario y la correlativa opinión de los expertos del Musée de L'Homme, una idea que días antes habría juzgado excesivamente peregrina.

Se llamaba Dominique Perseille, y pronto supo el español que la decisión de bajar del tren fue acertada, ya que el tal Perseille, antes que ocultista, era un sabio de una pieza, un rarísimo espécimen de la casi extinguida

secta de los filósofos naturales, a medio camino entre el erudito socrático y el eremita autosuficiente. Le recibió con un gesto de indignación, seguramente debido a lo temprano de la hora, o a una inesperada interrupción de sus tareas, pero enseguida esbozó una sonrisa después de inspeccionar detenidamente el porte y la mirada del postulante.

–Habla usted un francés bastante bueno –afirmó el personaje, tal vez setenta años, el pelo entrecano bien cortado y una barba blanca y tupida, de mediana estatura, con miembros fuertes que delataban al deportista o al aficionado a los trabajos físicos, unos ojos inquisitivos de brillante azul, camuflados al abrigo de poderosas gafas de pasta, y ropa descuidada de andar por casa.

–Lo aprendí en el colegio, cuando yo era niño todos estudiábamos francés. Luego acabó predominando el inglés. Además, he pasado algunos veranos en París.

–Haga el favor de entrar y sentarse. No dispongo de mucho tiempo, y tampoco de las comodidades a las que seguramente estará acostumbrado.

El salón, bastante grande, era una curiosa mezcla del estilo rural del país y de algo más refinado, con varios muebles de época. Tres inestables librerías de mucha altura cubrían las paredes, y en ellas se amontonaban, colocados en desorden, enormes volúmenes antiguos, opúsculos modernos, numerosos manuscritos, amarillentas fotografías, cajas alargadas de madera que podían contener fichas, grabados bien enmarcados, la mayoría retratos de pensadores de los últimos cuatro siglos, y, sobre todo, recipientes de mil formas y materiales, algunos bellísimos, con relieves o pintados, que estaban allí indudablemente por lo que sugerían, no debido a su cualidad de contenedores útiles. La iluminación del amplio aposento fue también motivo de asombro para el espa-

ñol: todas las fuentes de luz estaban escondidas, aunque resultaban evidentes y hasta visibles; el anchuroso ventanal en el muro libre de objetos apenas se adivinaba detrás de dos gruesas cortinas cerradas a conciencia.

–Verá usted –dijo lentamente Perseille cuando ocuparon los asientos de gratas butacas de piel marrón algo ajada–, tolero mal la luz, por eso prefiero varias lámparas lejanas. En fin, disculpe que no le ofrezca algo de beber, recibo muy pocas visitas.

–Le ruego que me perdone a mí por venir a molestarle, pero el hombre con el que he viajado desde la frontera hablaba de usted como la solución segura al problema que me preocupa.

Estaban sentados en el centro de la estancia junto a dos ceniceros con pie. Al lado, una mesa redonda, un velador de tamaño inusual, de caoba restaurada, casi se hundía por el peso de libros, papeles y lo que parecían fósiles, minerales y una polvorienta colección de medallas colocadas en un exhibidor de terciopelo parecido a un atril. En el suelo había alfombras persas poco cuidadas. Algo más allá destacaba una preciosa estufa de hierro de las llamadas «salamandras», en este caso con el relieve del emblema de Francisco I, tan abundante en el castillo de Blois. Para Brook esa salamandra, con la divisa *Nutrisco et extinguo* («alimento y apago»), respondía a un propósito del dueño de la casa, y estaba a punto de preguntar cuál era, pero se contuvo temeroso de importunar al ocultista, aunque era consciente de que la tradición asocia al dragón con la magia, apagando los malos fuegos y atizando los buenos.

El hombre frunció ligeramente las cejas invitando a Brook a hablar. Su actitud podía oscilar entre una mínima curiosidad, cierto escepticismo y el deseo de ser cortés con quien venía de lejos tan extraordinariamente re-

comendado. Encendió una pipa que descansaba en el cenicero cercano.

–El asunto es sencillo de exponer, pero no tan simple como supondría alguien poco ducho en arqueología americana –Ricardo hizo una pausa y aprovechó para comprobar el efecto que causaba en su anfitrión–. Por eso me he decidido a venir a su casa; tengo que redactar un informe sobre un espejo de mano, aparentemente europeo, quizás etrusco, los he visto muy parecidos en un museo de Roma, pero lo sorprendente son los materiales, típicamente mesoamericanos, y que muestra en la parte trasera una larga inscripción en jeroglíficos mayas.

–¿Y de qué manera cree usted que yo puedo ayudarle?

–Ante una contradicción tan flagrante sólo veo dos posibilidades, un contacto entre los dos continentes o una falsificación. Descarto la primera hipótesis por la cronología y la falta de antecedentes incuestionables, y la segunda también porque las referencias que poseo del objeto avalan su autenticidad. Mi compañero de viaje me aseguró que usted goza de fama por descubrir vías de explicación veladas para los demás.

El francés esbozó una amplia sonrisa. Su cara, adusta y reacia unos minutos antes, iba tomando el aspecto de un oráculo calculador dispuesto a emitir la información a cambio de pruebas tal vez terribles.

–Sabe usted –empezó diciendo con parsimonia–, aquí en las cercanías de mi casa existió durante años una fábrica de chocolate llamada Poulain. Yo trabajé en ella mucho tiempo –ante el gesto de extrañeza de Brook, el hombre elevó su vista al techo y prosiguió sin inmutarse–. El chocolate es muy europeo, de Bélgica o de Suiza, por ejemplo, pero también es muy americano, donde se originó. Me he preguntado a menudo cómo fue posible una adaptación tan rápida y perfecta.